

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. D. FRANCISCO MENOCAL EN LA SESIÓN DEL 4 DE AGOSTO DE 1868, EN DEFENSA DE LA VACUNA DE BRAZO Á BRAZO.

SEÑORES:

La acalorada discusión á que ha dado lugar la memoria del Sr. Iglesias, es sin duda una de las mas interesantes que se hayan suscitado en el seno de nuestra Sociedad desde su instalación hasta la época presente. En este debate están interesadas no solo la higiene pública, sino tambien toda la doctrina científica de la vacuna que ha dominado hasta aquí.

La vacuna animal se presenta hoy ante nosotros rodeada de todos los atractivos de la novedad, del progreso y de la filantropía. Mas feliz en el nuevo mundo que en el antiguo, no ha tenido necesidad de llamar á la puerta de esta Sociedad, sino que ha sido conducida, como por la mano, por uno de sus mas esclarecidos miembros.

El Sr. Iglesias nos presenta la recia venida con la recomendación de los nombres que nos son mas familiares y mas caros en la ciencia, con el brillo de los recientes debates que el nuevo método ha suscitado en la Academia de Paris, y mas que todo con el éxito obtenido en las últimas vacunaciones practicadas en México en la ternera.

Sin embargo, señores, sabido es que todo aquel que solicita no solo pone de manifiesto sus méritos propios, sino que á veces recurre tambien á la acusación por injusta que sea. La vacuna animal no ha faltado en esta vez á esa tradicional costumbre, acusando al precioso preservativo de Jenner de *impureza y de vejez*.

Al leer la memoria del Sr. Iglesias, me propuse esponer ante esta Sociedad las razones en que me fundo para creer que son falsas ambas acusaciones; pero sabiendo despues que mi buen amigo y compañero el Sr. Lavista se proponia hacer un minucioso estudio de la sífilis vacunal, me limitaré solo á defender á la vacuna humana del injusto cargo que se le hace de degeneración.

“La esperiencia que tengo de la vacuna, dice el Sr. Iglesias, me ha hecho ver que su degeneración, que en *Europa está admitida, es en México evidente*.” El Sr. Iglesias al escribir esta frase derribó de una sola plumada todo el edificio doctrinal de la vacuna de brazo á brazo. Afortunadamente para la ciencia y la humanidad esta aserción está muy lejos de la verdad.

Que la degeneración de la vacuna no está hoy admitida en Europa sino que se encuentra en el terreno de la discusión, lo prueban suficientemente los discursos que en pro y en contra se han pronunciado en las últimas discusiones de la Academia de Paris. En cuanto á la evidencia de la misma degeneración en México, el Sr. Iglesias me permitirá que le manifieste mis dudas al fin de este trabajo.

Buscando la verdad y nada mas que la verdad en tan interesante cuestión, me he pro-

puesto examinar todos los documentos que han estado á mi alcance en favor y en contra de la cuestion. Mi intercion era presentarlos á esta Sociedad acompañados de las observaciones críticas que me han sugerido; pero su número es de tal manera considerable, que sería necesario un gran libro y no un ligero discurso. Pero si es difícil presentar acumulados todos esos trabajos, no lo es reasuntir los diversos argumentos que ellos contienen. Véamos, pues, cuáles son los fundamentos en que se apoyan los partidarios de la degeneracion del virus hámanizado. Estos argumentos pueden reducirse á tres.

1º Que la propiedad preservativa del virus vacuno es hoy menor que lo fué en la época de Jenner.

2º Que el grano es hoy mas pequeño que en los primeros tiempos.

3º Que los accidentes generales debidos á la incubacion son hoy menos marcados.

Examinemos hasta qué punto son ciertas estas aserciones.

Para justificar la primera proposicion se han citado dos hechos diferentes: 1º La frecuencia con que se observa que individuos vacunados sean atacados de viruelas; y 2º la proporcion creciente de las revacunaciones seguidas de la erupcion característica. En uno y en otro caso se han reunido los hechos y se presentan como una masa formidable en favor de la degeneracion. Los datos estadísticos son sin duda los mas convincentes en favor de la doctrina. Yo escojo entre estos documentos el que me ha parecido entre todos hacer mas palpable la declinacion que sufre por el transcurso del tiempo el virus conservado de brazo á brazo.

El Dr. Gregori, médico de un hospital de Lóndres destinado á los varilosos, consigna los hechos siguientes en favor de la degeneracion de la vacuna.

“En 1810 la proporcion entre los individuos atacados de viruelas despues de vacunados, era, á los que no lo estaban, como 1:30, en 1815 como 1:17, en 1819 como 1:5, en 1821 como 1:4, en 1822 como 1:3.”

Como se vé la degeneracion parece aquí evidente; la proporcion disminuye tan rápidamente de 1810 á 1820, que hasta cierto punto se podia temer que desapareciera. Sin embargo, señores, cuando se medita con atencion sobre los elementos de estos trabajos, bien pronto se llega á tener el convencimiento de que todos ellos reposan sobre una base errónea. El error consiste en la ignorancia absoluta en que está envuelta hoy, y probablemente lo estará siempre, la cuestion importante del tiempo de preservacion.

Permítaseme hacer sobre esto algunas aclaraciones.

Es curioso y digno de admirarse la suposicion que se deja ver en todos los autores, de que en la época de Jenner el poder preservativo del virus vacuno era absoluto, es decir, conferia al individuo vacunado una inmunidad tan larga como la vida. Yo he tratado de investigar qué origen pudo haber tenido semejante creencia, sin poder encontrar la razon en que se funda. Verdad es que la tradicion de la inmunidad absoluta existia en algunos condados de Inglaterra en los tiempos que precedieron á las esperiencias de Jenner; que la misma creencia parece haber existido en la cordillera de los Andes, segun lo asegura el baron de Humboldt; pero todo esto no pasaba de ser un dicho vulgar al cual no puede darse ningun crédito. ¿Cómo pudo saberse en el origen de la vacuna hasta donde podia extenderse su poder profiláctico? Entonces, como hoy sucede con la vacuna animal, el tiempo

solo podia resolver el problema, y sin embargo este error se repite de libro en libro, y hasta el mismo autor de la clínica médica del Hôtel-Dieu parece admitirlo.

El tiempo y la experiencia vinieron á probar bien pronto, que la inmunidad comunicada por el virus vacuno no era absoluta sino limitada á un cierto número de años. Pero ¿cuál era este número? he aquí uno de los problemas mas difíciles y cuya solución esperamos aún. En vano la Academia de Paris puso esta cuestión á la orden del dia en 1838; en vano los mas célebres vacunadores han querido aprovechar el resultado de sus numerosos trabajos y experiencias: tantos esfuerzos no han dado otro fruto que hacer patente la anarquía que reina en las diferentes opiniones sobre este punto de doctrina. Permítaseme transcribir aquí, en confirmacion de lo espuesto, la opinion de algunos autores.

La vacuna preserva de la viruela por un espacio de diez á veinte años, segun Caillot; de catorce á quince, segun Boulu; de diez y siete á diez y ocho, segun Berland; de veinte á veinticinco, segun Geneuille; por dos, segun Galdson; por cinco, segun Trousseau. En presencia de una discordancia tan grande en las opiniones, podemos decir como decia Mr. P. Dubois en la sesion de 27 de Noviembre de 1826; que no puede tenerse ninguna confianza en los argumentos de los adversarios de la vacuna humana, cuando están tan poco conformes en cuanto al tiempo de preservacion.

En efecto, señores, ¿no es lógico pensar que esos trabajos estadísticos no pueden tener valor ninguno? Si es un hecho enteramente establecido ya, que la inmunidad no es absoluta sino limitada, ¿cómo pueden presentarse como verdaderos los resultados de una comparacion hecha entre individuos de edades diferentes? Es indudable hoy que la propiedad profiláctica de la vacuna es tanto menor cuanto que se le considera á una época mas lejana de su origen. Este es un punto puesto fuera de duda por las revacunaciones. Si pues esta propiedad disminuye con el tiempo, seria necesario, para que las cifras citadas en el trabajo de Gregori fuesen aceptables, que se comparasen entre sí individuos que tuviesen el mismo tiempo de vacunados; ahora, esta circunstancia no se menciona ni en este trabajo ni en ninguno de los otros que he podido examinar.

Ahora bien, señores, yo pregunto: si jamas se ha fijado hasta donde alcanza el poder profilático de la vacuna de brazo á brazo, ¿cómo puede decirse que este poder ha disminuido? ¿qué pueden probar, ni las estadísticas mas numerosas ni las observaciones mas dignas de fé, si no se tiene un término fijo de comparacion?

Si me fuera permitido esponer mi particular opinion sobre este punto, yo diria: que si no se ha encontrado hasta ahora el tiempo fijo de inmunidad que confiere la vacuna al vacunado, es porque tal tiempo no es absoluto sino relativo: que la naturaleza varia en sus efectos hasta lo infinito, y que querer someterla á la precision del cartabon es pretender lo imposible.

Sea que se considere la propiedad profiláctica como el resultado de la viruela misma de la vaca comunicada al hombre, sea que se le mire como comunicando una enfermedad distinta, pero cuyo carácter es criar en la economía un antagonismo preservativo del virus varioloso, es evidente que esa preservacion, una vez comunicada, debe modificarse ulteriormente como el organismo que la contiene. Ahora bien: nada es permanente en la naturaleza animal. El continuo movimiento de composicion y descomposicion, á que se encuentra sometida, hace que nuestros tejidos sean renovados enteramente al cabo de algun tiempo.

El hombre de hoy, físicamente hablando, no es el mismo que el de hace veinte años. Su individualidad persiste hasta el fin, pero su organización molecular se renueva con el transcurso del tiempo. La profilaxis comunicada hace veinte años debe disminuir en la misma proporción que la materia orgánica que lo contenía entonces en toda su integridad. Querir, pues, que el poder profiláctico permanezca siempre el mismo; pretender que no esté subordinado á las leyes de la vida, es olvidar enteramente las nociones más vulgares de la fisiología.

Las diátesis pueden hacerse desaparecer por medio de la alimentación, el ejercicio, los baños y demás modificadores generales. ¿Y qué otra cosa es la profilaxis sino una especie particular de diátesis antivariolosa?

Lo dicho me basta, señores, para probar el débil fundamento que tienen los argumentos de los partidarios de la disminución profiláctica de la vacuna de brazo á brazo. Pasemos ahora á examinar si el segundo argumento fundado en el tamaño del grano tiene mayor consistencia.

Es un hecho fuera de duda, confirmado por la experiencia y admitido por todos los vacunadores, que un grano muy pequeño comunica una inmunidad tan duradera como el más grande, con tal que tenga las condiciones de la verdadera pústula vacunal. Pero yo quiero suponer que esto no sea así: ¿por qué atribuir esta falta de desarrollo al virus inoculado y no al organismo donde se inocula? Si la vacuna es una enfermedad comunicada, ¿por qué se quiere que esta enfermedad no se modifique con la edad, el temperamento, la constitución y demás circunstancias que hacen variar la manera de ser de todas las enfermedades? ¿No sería esto contrario á todas las reglas clínicas establecidas? Tan cierto es que el tamaño y calidad del grano no depende de la semilla sino del terreno, que yo citaré una experiencia concluyente. Mr. Bousquet inocula con el mismo virus dos series de niños; una en la cual todos los sujetos son fuertes y vigorosos y la otra en condiciones opuestas. Pues bien, el grano en la primera serie se desarrolló con toda energía, mientras que en la segunda la erupción fué pequeña y raquítica.

Pero colocándonos en el terreno de los hechos, ¿es verdad que el grano sea hoy más pequeño que en otro tiempo? Mr. Barrey de Besançon hizo dibujar un grano que provenía de un pus tomado á la 1352^{ava} inoculación: pues bien, este antiquísimo virus produjo una pústula exactamente igual á las observadas en Francia en la época de la introducción de la vacuna. ¿No ha visto el Sr. Iglesias granos tan bien desarrollados como los que se ven en los mejores dibujos hechos en principio de nuestro siglo?

Pero se me dirá que estos hechos son escepcionales. Mas yo preguntaré á mi vez: ¿cómo pueden admitirse semejantes escepciones si el desarrollo pertenece esclusivamente al virus? Si la causa es única, los resultados debían ser idénticos: si el virus hubiese perdido su primitiva energía, todos los granos debían ser pequeños sin escepción ninguna.

Pudiera estenderme mucho más para demostrar que el tamaño del grano nada prueba en favor de la pretendida degeneración, pero lo espuesto ya basta para mi objeto.

Se dice, señores, que el período de incubación de la vacuna era en otro tiempo acompañado de una reacción orgánica más intensa que en nuestros días. Aunque, como lo hace notar Mr. Bousquet, es natural que Jenner haya descrito los casos más notables ó característicos, yo quiero sin embargo admitir que el hecho sea enteramente cierto: ¿qué puede pro-

bar esto en favor de la doctrina de degeneracion? ¿Se pretenderá acaso que el poder profi-
láctico de la vacuna es proporcional á esta reaccion? ¿Adonde está la prueba? En todos
tiempos se ha considerado perfecta la vacuna cuando es seguida de la erupcion característi-
ca, aun cuando no haya sido acompañada de la fiebre vacunal. Jenner mismo modificó sus
ideas en este sentido. “Una esperiencia mas larga, dice Mr. Bonsquet, enseñó á Jenner que
esa *indisposicion general* era de menos importancia que lo que lo habia creído al principio,
y que esta reaccion no era general sino individual.” Y en efecto, señores, es natural pen-
sar que entonces como ahora la reaccion producida en la economía por la introduccion del
virus, fuese variable segun los individuos. Lo que hoy pasa á nuestra vista con la incuba-
cion de otros virus nos autoriza esta suposicion. ¿No vemos todos los dias que los fenóme-
nos de invasion de la viruela son variables como lo es la naturaleza de los enfermos? La
fiebre de supuracion misma presenta infinitas variaciones; mientras que en algunos enfermos
su intensidad llega hasta producir el delirio febril, en otros apenas es marcada por un lige-
ro aumento en el número de pulsaciones.

Por otra parte, los casos en que la erupcion vacunal es acompañada de fenómenos febriles,
no son tan raros en nuestros dias. El Sr. Muñoz en su remitido al Siglo XIX de ayer
asegura haberlos observado, cosa que no sucederia ciertamente si estos fenómenos estuvie-
sen bajo la dependencia del virus.

Hasta aquí he considerado cada uno de los argumentos en particular para hacer mas pa-
tente lo frágil de la base en que se apoya. Permítaseme ahora considerar la cuestion bajo
un punto de vista general.

La degeneracion de la vacuna ha sido combatida en diversas ocasiones por hombres muy
competentes en la materia. Desde 1823 Mr. Ratier, en una noticia sobre la vacuna, se ex-
presa así: “se ha dicho que el virus habia sido alterado por sus numerosas transiciones y
que debia regenerarse tomando la semilla en su origen. Numerosas investigaciones han
probado que la vacuna no ha perdido nada de su virtud, y que tal regeneracion es enteramente
inútil. Los partidarios de la vacuna, agrega el mismo autor, han hecho multitud de
esperiencias, cuyos resultados vamos á consignar: muchos individuos vacunados despues de
10, 15 y 20 años de una manera indudable, lo han sido despues con virus probado ante-
riormente; *en ninguno de esos individuos prendió la vacuna.*”

En 1827 Mr. Paul Dubois, al leer una relacion de la vacuna en 1825, hace notar, en la
tercera parte de dicha memoria, “que la vacuna habia presentado los mismos caracteres que
25 años antes.”

Esta misma opinion fué manifestada por Mr. Gautier de Glaubry en la Academia de Cien-
cias en 1841. A propósito de los trabajos enviados á dicha Academia sobre la vacuna, este
autor dice en la parte quinta de su dictámen: *que la degeneracion de la vacuna es negada por
la mayor parte de los observadores: 170 médicos y 11 comisiones de vacuna se han pronun-
ciado en contra de esta hipótesis.*

En 1844 Mr. Caloci escribió un libro muy notable en el cual se pronuncia abiertamente
en contra de la degeneracion. Su trabajo está fundado sobre 38.137 observaciones de in-
dividuos revacunados inutilmente.

Segun Mr. de Gintraç, el mismo virus ha sido administrado en el hospital des Enfants
Trouvés de Burdeos desde 1811 á 1842 sin que se note diferencia ninguna en sus efectos.

Podría, señores, multiplicar las citas y acumular documentos en pro de la tesis que me he propuesto defender, pero esto sería demasiado largo. Si he citado los trabajos anteriores ha sido solo para probar que la cuestión no es nueva, y que en todos tiempos la vacuna humana ha encontrado valientes defensores.

El error de atribuir á la naturaleza del virus lo que no pertenece sino única y exclusivamente al organismo en que se deposita, ha sido uno de los motivos de confusión en este punto de doctrina. Esto ha dado ocasión á que se consideren colocados bajo la bandera de un mismo partido, autores cuya convicción es enteramente diferente. Se han confundido en efecto las opiniones de aquellos que consideran la degeneración como una propiedad inherente al virus mismo, adquirida por el hecho solo de su transmisión incesante de organismo á organismo, con aquellos que no admiten esta degeneración sino como el resultado de un cultivo vicioso. Para los primeros, el virus conservado de brazo á brazo no es susceptible de degeneración sino tomándolo en su fuente natural, es decir, el cow-pox espontáneo de la vaca. Los segundos piensan al contrario, que puede volverse al virus su fuerza primitiva por medio de un cultivo inteligentemente dirigido.

Yo llamo muy especialmente la atención de esta Sociedad sobre esta importante división, porque los autores colocados en la segunda categoría no pueden ser llamados partidarios de la degeneración. ¿Cómo puede decirse, en efecto, que una semilla ha degenerado si se le siembra en un terreno adonde no encuentra los elementos necesarios á su desarrollo y crecimiento? Si colocamos un grano de trigo en un terreno privado de los jugos necesarios á su germinación, ¿podremos acusar al grano de degenerado porque no le vemos germinar? Esto sería el colmo de la inconsecuencia, y sin embargo esto mismo sucede con el virus humanizado. Tan cierto es esto, que si se inoculara el pus de un grano pequeño al brazo de un niño sano y bien desarrollado, obtendremos un grano mayor que el primitivo. Las experiencias de Mr. Truchetet citadas en la clínica de Mr. Trousseau, prueban este hecho de una manera incontestable.

Sin embargo, señores, se nos citan casos en los cuales la vacuna de brazo á brazo ha estado próxima á desaparecer: creo que es fácil explicar esta aparente degeneración. Sabido es que el virus tiene todo su poder virulento si se le toma en la pústula del 5º al 6º día: que este poder va decreciendo gradualmente de tal manera, que desde el 10º día la pústula no contiene sino pus. De aquí resulta, que si las inoculaciones se practican del 8º día en adelante, no es difícil explicar cómo no se cosecha el grano vacuno cuando no se ha sembrado sino pus. El consejo de Jenner y de todos los mas célebres vacunadores se olvida con mucha frecuencia. Es evidente que si se continuase por mucho tiempo esta práctica irracional, la vacuna acabaría por desaparecer como ha faltado poco para que suceda algunas veces en la Diputación. Pero atribuir este resultado á la degeneración del virus humano y llamarlo como argumento en favor de la introducción de la vacuna animal, es, señores, ir demasiado lejos.

Se ha dicho que la vacuna se conservaría mejor en terreno propio que en el ageno, y se deduce de aquí que el virus conservado de vaca á vaca será mas enérgico. Mi compañero el Sr. Andrade ha dicho ya, y dicho muy bien, que esto es justamente lo que se trata de probar. Yo agregaré que esta proposición tan lógica en apariencia no parece cierta si se juzga por analogía con lo que sucede con otros virus. El virus varioloso inoculado en el

hombre pierde su primitiva energía, en este principio estaba fundada la antigua teoría de la inoculación variolosa. El virus rábico pierde su actividad y acaba por la impotencia á producir la rabia cuando se le transmite sucesivamente á un cierto número de perros; tal es el resultado de las esperiencias hechas por Renault en la escuela de Alfort. ¿No sucederá lo mismo con el cow-pox conservado en el terreno mismo que lo vió nacer? Por mi parte lo temo mucho.

Después del luminoso discurso del Sr. Andrade nada tengo que decir en cuanto al origen verdadero del virus que el Sr. Iglesias ha importado á nuestro país. Diré sin embargo, con toda lealtad y franqueza, mi opinion sobre la conveniencia de su administracion esclusiva. Bien sé que el Sr. Iglesias no ha pedido á esta Sociedad otra cosa sino que se examine y experimente su virus, dando en esto la prueba mas irrefragable de su profunda conviccion y buena fé; pero se ha propuesto ya por otros señores que el nuevo virus sea administrado oficialmente, y creo de mi deber manifestar mi opinion.

La vacuna que hoy se administra en la Diputacion y en la casa del Sr. Muñoz nada deja que desear en cuanto á su poder virulento. La descripcion que el Sr. Muñoz hace de la erupcion producida por su virus, en nada difiere de las que nos han dejado los contemporáneos de Jenner. "Los granos son grandes, dice el Sr. Muñoz; el tumor vaccinal muy notable; la aureola muy viva y estensa, pues he visto varias veces un solo grano ser acompañado de una aureola que ocupaba toda la parte esterna del brazo; con frecuencia se desarrollan en una sola picadura tres ó cuatro granos juntos que ocupan una superficie algo estensa." ¿Qué podemos pedir de mas á este pus ni al de la Diputacion puesto que los dos tienen el mismo origen?

Es verdad que los granos obtenidos por el Sr. Iglesias son hermosos y perfectamente desarrollados; ¿pero será siempre lo mismo? el tiempo solo puede decirlo. Entre tanto tenemos un preservativo seguro, infalible en lo general, modificador benéfico cuando no previene enteramente, y cuyos inconvenientes (si es que los tiene) el médico instruido puede fácilmente evitar. ¿Es prudente dejar lo seguro por lo probable?..... Yo, señores, por mi parte, confieso que si tuviese un hijo sin vacunar y estuviésemos amenazados de una peste de viruelas, me dirigiria de preferencia á la Diputacion ó á la calle de las Escalerillas á buscar un preservativo cuya seguridad mas es conocida. Creo que mi amigo el Sr. Hidalgo Carpio (que ha sido interrogado por el Sr. Carmona sobre este particular) haria lo mismo, y quizá quizá el mismo Sr. Carmona, olvidando su entusiasmo por la vacuna animal, nos acompañaria en esta peregrinacion y haria muy bien. La vida de un hijo es muy sagrada para vacilar entre un profiláctico seguro y otro dudoso.

Para concluir, señores, esta pequeña disertacion, me tomo la libertad de recordar algunos de los eminentes servicios hechos á la humanidad por esa vacuna humana tan calumniada en estos últimos años. Séamos justos; puesto que la vacuna de brazo á brazo se presenta hoy ante nuestro tribunal bajo el peso de la acusacion, justo es recordar sus buenos servicios.

La terrible enfermedad que los sarracenos llevaron á Europa hacia desaparecer anualmente la sexta parte de su poblacion. En Rusia llegó á haber dos millones de víctimas por año: Bernouilli calcula que la mortalidad anual en todo el mundo era de seiscientas mil personas. El horror que este cruel azote llegó á infundir en el pueblo, hacia olvidar hasta las

leyes mas santas de la humanidad. Los enfermos eran abandonados en su lecho de muerte aun por sus parientes mas cercanos. Poblaciones enteras se vieron abandonadas por largo tiempo por sus habitantes, como sucedió con la capital de Thibet que permaneció sola durante tres años. Hoy, gracias á esa vacuna humana, la viruela no hace mas víctimas que cualquiera otra de las enfermedades conocidas. En todas partes se opone como un baluarte á la propagacion de la epidemia. Hay naciones, como la Suecia, que se han visto libres de la viruela por el largo espacio de treinta años.

Señores: cuando la vacuna humana se presenta con semejante hoja de servicios; cuando se ve lo infundado de las acusaciones que se le dirigen, y cuando, sobre todo, su rival se nos muestra con toda la inesperienza de la niñez, tenemos el derecho de absolver á esta buena amiga del hombre, y dejarla seguir en paz la filantrópica mision que la Providencia Divina tuvo á bien confiarle en beneficio de la humanidad.

México, Agosto 4 de 1868.

FRANCISCO MENCAL.

SEMEIOLOGIA.

En los aneurismas de la aorta rara vez se reúnen las condiciones que producen un soplo; generalmente el tumor repite el tic tac del corazon.

Acaba de morir en la cama núm. 41 del departamento de medicina, en el hospital de San Andrés, un enfermo que tenia la pieza patológica que tengo el honor de presentar, y que viene en confirmacion de una idea que he defendido en una de nuestras discusiones pasadas: decia yo entonces, que en los aneurismas de la aorta era muy raro observar el ruido de soplo que todos los autores señalan como signo constante de esta especie de afecciones: manifesté que en el lugar del aneurisma el oído no descubria mas que un ruido de tic tac idéntico al del corazon: agregué las condiciones anatómicas que en mi concepto explicaban la ausencia del soplo, y tambien las que en otras ocasiones muy raras pudieran producirlo. Mas antes de analizar la pieza, permitidme que dé á conocer al enfermo que tuvo la desgracia de llevarla.

Antonio Rodriguez, ébrio consuetudinario, de la villa de Tacubaya, entra á la edad de cincuenta y tantos años á curarse al hospital de San Andrés, de una posterna que crece tener sobre la primera pieza del esternon: es casado, de oficio hojalatero, su complexion es delicada y de temperamento sanguíneo. El año de 833 tuvo el cólera; algunos años antes dolor de estado poco despues de una fiebre: á mediados de Noviembre del pasado llevaba catorce meses de verse obligado á buscar en una muleta el apoyo que ha perdido en la pierna derecha; á consecuencia de un insulto que le ocasionaron los efectos de la mesa.